miriadas de insectos en los campos vecinos, hacían de aquella hora la más apropósito para cosas extraordinarias. El arado, cubierto de polvo, servía de poyo á una criba, que de puro cribar trigo tenía mas remiendos que agujeros; un trillo de madera, enseñaba su dorso desdentado, con algunos pedernales de menos que dejó en la ardiente *parva*; la hoz, mellada de tanto segar, pensaba horripilándose en la piedra del afilador; y así, por el estilo, todos los restantes útiles del honrado dueño de la casita de campo, demostraban á las claras que el día había sido de ruda faena.

El arado, que por su largo reposo estaba har-to de dormir y tenía gana de charla, desperezóse brutalmente, echando á rodar la criba, y armando un ruido tan penetrante, al remover sus mohosas junturas, que levantó en vilo á todos sus compañeros de fatigas. Como haber, hubo protestas y mal humor, pero el fin y á la postre todo acabó, por culpa del amor propio, en una discusión que ni la de un congreso de diputados. Lo único que de ello pude sacar en limpio fué, que el arado tomando la palabra y la presidencia de aquel cotarro, decía: Yo soy el instrumento más útil al hombre, tanto, que sin mi la humanidad perecería de hambre, porque gracias á mi tajante reja, abre el surco en que la madre tierra incuba la fructífera mies; soy el compañero mas antiguo del género humano, y desde el rústico hasta el emperador del celeste y amarillo imperio, me guían y acompañan en mis tareas...: yo...

Alto ahí, rebuznó un jumento que, al oír de que se trataba, se había acercado cautelosamente, y metidose de hoz y de coz en la reunión. Quien guía al orgulloso arado y le presta fuerzas para hacer algo de provecho, somos yo y la vaca, que no me dejará mentir; y ni tu, arado, ni el hombre seriais capaces de abrir un surco sin mí... Y no fué floja la rechifla que se levantó, tanto que el bueno del asno hubo de escabullirse con las orejas lácias, recitando para su albarda el hermoso discurso que había comenzado. Restablecido un tanto el orden, tomó la palabra la hoz, para decir en sustancia, y con acento un sí es no es gallego, que todo aquello estaba muy bien, pero que la mies, dorada y todo, se pudriría en el campo miserablemente, si ella no acudiera al remedio, convirtiendo en rastrojo el antes impenetrable bosque de espigas; y, que por lo tanto, nadie como ella tenía derecho á reclamar.. Y aquí si que se armó un guirigay de mil diablos, porque todos pedían á grito pelado la supremacía propia, y no se cuantas cosas más, llegando en la ponderación de sus méritos y valer, á erigirse en otras tantas Providencias de la humanidad.

Silencio, pigmeos, murmuró una gota de rocío que, resbalando de una mata de hierba, arraigada al borde de un agujero de la teja vana, cayó en medio de la asamblea sorprendida. Yo soy

la fecundidad, que ora en copiosa lluvia, ora en irisantes gotas, hermanas mias condensadas en el seno de la noche, vivifica y hace germinar la semilla arrojada al antes árido y sediento surco. Todos os consumiriais en la inacción, y el hombre cruzado de brazos, contemplaría la tierra estéril, la troje vacía, el hogar convertido en asilo triste de moribundos... si nosotras, las gotas de agua no bajáramos del cielo á circular por los poros del terruño como la sangre que es la vida. Sois vosotros auxiliares, complementos de las deficiencias del hombre y servidorés suyos: yo sola, independiente, hago brotar la flor y el fruto; y visto de gala á la primavera, y doy pródicamente el sustento á todos los vivientes de la tierra, sin pedir recompensa, ni otro fin que embellecer lo que sin mí sería feo erial. Me cantan los poetas, analizanme los sabios, bendicenme el agricultor, y el sediento, y soy la fuerza que transforma en vida lo que yacería inanimado sin mí: sola soy poesía, y las flores me arrullan en su caliz, unida á mis compañeras soy la señora del mundo.

¡Contra! Como hablar, habla bien esta señora intrusa; exclamó una boñiga sorbiéndose la gota; bien se conoce que todo su mérito venía del aire y de la poesía, y de los sabios, porque en cuantico que la toque ¡la del humo! Basta hermana, dijo una espuerta desportillada, que vos, si yó no os llevase al surco, hedor y repugnancia no más dariais á todos, pero vos y yo que somos los mas altos, más alto ejemplo de humildad debemos ofrecer. Bien dicho, exclamó el bieldo, que yo con todo y ser el primero de todos, á los humildes me junto por modestia nada más.

Convengamos, repuso gravemente un viejo azadón, en que todos nosotros reunidos, sacamos el hombre del apuro del hambre; á la tierra, la sujetamos á que produzca periódicamente sus frutos útiles: llevamos la civilización á todas partes y hacemos felices á los pueblos: podemos afirmar que merecemos el cetro del mundo. A condición arguyó con voz estridente una sembradora mecánica, nuevecita, única representante allí de los modernos aperos, á condición de que reconozcais mi superioridad sobre vosotras, que en verdad representais, aunque utilísimas y respetables, la rutina; yo he sacado á la humanidad de los rudimentos del cultivo y por mí ha reducido á su servidumbre las antes incultas y estensas praderas de lejanos países: vosotros sois el pasado venerable, sois el hogar humilde de la familia antigua: yo soy el presente, la inmensa urbe agrícola, el torrente de millones que dan vida á poderosos estados, y por mí el hogar es la tierra toda.

Aunque no muy metido en las honduras de esa filosofía de la soberbia, el amo de todo aquello, que había madrugado con el alba, y algo de la discusión había escuchado, entre irónico y mohino, trató de imponer silencio en el alborotado cotarro, pero le parecía duro dejar á los par-